



Cajas

Alejandro Spiegel

www.alejandrosiegel.com.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

Cajas

Llegaba tarde al laburo. Otra vez.

El viaje desde Buenos Aires había durado más de lo previsto. Para colmo, él había perdido el colectivo de conexión en el Parador de San Nicolás. Después lo maltrataron en la boletería cuando fue a quejarse. Había pagado ese billete que incluía los dos tramos, y ahora debería gastarse un montón de plata en un taxi. Un montón de plata que no le sobraba.



Se subió con bronca en el primero que encontró en la parada. Era un Corsa azul, que había sido último modelo hacía varios años.

—Encare para el centro —dijo no bien abrió la puerta, sin darle tiempo al chofer de saludarlo.

El taxista ni registró su poca onda. Levantó las cejas y se quedó mirándolo por el retrovisor.

—Estoy estrenando el coche —dijo poniendo primera—. Me lo compré ayer.

—Qué bueno, felicitaciones —contestó él con una sonrisa breve.

—Gracias. Se nota que usted es una buena persona.

—La verdad, que hasta yo me asombro de la sonrisa que me saca su buena noticia. Digo, por el día que vengo teniendo...

El semáforo en rojo los volvió a conectar por el espejo. El taxista esperaba.

—Cuente, mi amigo —dijo—: ¿qué le ha pasado? ¿Tuvo un mal viaje, tal vez?

—El viaje bien, pero demasiado largo para llegar a tiempo a la oficina.

—Ah, viene por trabajo.

—Sí, todas las semanas... mientras me aguanten y no se enojen demasiado por mis tardanzas.

Verde, pero daba igual: una obra trababa el tránsito. Y él no saca la vista del reloj, lo único que se mueve en esa mañana primaveral.

—Tranquilo. Ahora agarro un atajo que solo yo conozco, y en cinco lo dejo en su trabajo.

—Se ve que hoy no es mi día: cuando llegué a San Nicolás, el otro colectivo ya se había ido y... y al final me tiene acá, pagando de mi bolsillo este viaje y, de todos modos, llegando tarde.

El taxista callaba. A la espera de la respuesta, él pudo ver a través del espejo que el tipo había cambiado la expresión, y ahora decía, con un tono áspero que no parecía admitir opiniones en contrario:

—Disculpe, pero lo suyo no es nada. Con todo respeto.

Él pensó: No será nada para vos. Pero no le respondió, no tenía ganas de pelear. El taxista le había caído bien, incluso había conseguido —casi— cambiarle el ánimo.

—Soy veterano —dijo el taxista—. Veterano de Malvinas.



Él se quedó callado. Al lado de semejante argumento, la verdad que lo suyo ni contaba. Definitivamente, ese no era su día.

Y se sintió obligado a decir algo:

—Lo entiendo. No lo han pasado nada bien.

—Nada bien. Usted lo dijo. Para muestra, y para que lo recuerde siempre, en el pie derecho me quedó un solo dedo.

—¿El frío? Supe que muchos se congelaron y...

—No, el frío no fue. Ojalá. Fue la esquirla de una granada. Una granada nuestra.

—¡Qué mal!

Otro semáforo. Le llegó, profunda desde el retrovisor, la mirada del taxista.

—Pero lo peor vino después: lo que tuve que pasar en aquel miserable hospital de campaña. Y ni que hablar de la vuelta al continente.

—Ninguneo total, cero reconocimiento.

—Ninguneo total, como dice usted —el taxista reprimió una sonrisa. Y continuó—: Pero yo no me quise quedar con eso. Fui y vine intentando contar aquello, para que se supiera. No por plata, para que nos den plan, ¿eh? Para que se sepa nuestra historia, la que solo podemos contar quienes pusimos el cuerpo en esa guerra.

—¿Y nadie quiso escucharlo? Al principio sé que fue así, pero después...

El taxista puso primera y saludó a un canillita que escapaba de la calzada ante el cambio de luz.

—No, ni antes ni ahora. Solamente quieren que diga lo que ellos quieren escuchar. Y yo quería... y yo tengo más para contar de esta historia.

Él carraspeó, y cambiando el tono propuso:

—¿Por qué mejor no piensa que hoy estrena auto? Agárrese a lo bueno que le pasa ahora.

—Puede ser.

—¿Tiene familia?

—Ahá: mujer, hijos. Dos nietos.

—¿Ve? Lo que es tener, motivos para alegrarse tiene.

—Sí, claro. Pero una cosa es una cosa, y otra cosa es... —con la mano convertida en garra, el taxista hizo el gesto inequívoco de quien viene callando algo que necesita sacar afuera.

—Y sí —dijo él—: sería bueno que alguna vez pudiese sacar lo que tiene atorado ahí adentro.

Ya estaban muy cerca, al fin. Aunque una maldita fila de autos mal estacionados les impedía terminar de llegar.

A casi una cuadra de su laburo, convinieron en cortar ahí mismo el viaje.

El taxista se dio vuelta y lo miró fijo.

—Le voy a hacer un descuento.

—No, nada que ver. Yo tengo la plata preparada, y usted tiene que terminar de pagar el auto nuevo.

—Déjeme hacerlo. Es mi derecho, y ya le dije que usted es una buena persona.

Se bajó del Corsa y salió caminando a paso firme, casi corriendo: se le había hecho realmente tarde. Llegaría tarde y, para colmo, sudando como un caballo.

Basta ya de mala onda, se dijo al recordar al taxista, y se acomodó la corbata.

Entró al edificio inmenso, y rápidamente notó que algo pasaba.

Elda, la recepcionista que siempre le dedicaba una o dos preguntas de bienvenida, bajó la vista. Ni buen día le dijo.

Al llegar a su oficina encontró el escritorio pelado, sin ningún papel ni carpeta que lo esperasen. Ni las fotos de su familia estaban. Tampoco los libros de los estantes o la copa que había ganado en la despedida del año pasado. Nada. Nada había. Sólo una gran caja de cartón en el piso.

Se acercó y vio que todo lo suyo estaba ahí, en la caja. Toda su historia sepultada ahí adentro.

Y entendió que ese era su último día en la empresa.

Se llevaría la caja y un cheque. En esa oficina no quedaba nada más de su propiedad. Ni siquiera gente con la que querría reencontrarse. ¿Para qué, si ahora estaba solo y con su caja, y nadie se le acercaba ni le decía nada?

Los miró. Todos magnetizados por las pantallas. Todos rígidos, firmes, mirando al frente, sin distraerse en su derrota. Cada uno cuidaba su trabajo, y el tecleo repetido por decenas de teclados sonaba a un paso marcial marcado por inútiles y pequeños tambores de plástico.



Volvió a su caja. Una caja con objetos ahora infinitamente pesados, y que pronto ubicaría en algún rincón oscuro del galpón del fondo.

La caja. La contempló sin levantarla.

Entonces recordó los ojos del taxista, su historia de soledad.

Seguro que él también tendría su caja.

